

1622

1922



~ Tercer Centenario de la ~
~ Canonización de Santa Teresa ~
~ de Jesús ~

“TERCER CENTENARIO DE LA CANONIZACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS., REVISTA QUINCENAL

Dirección y Administración, Carmelitas, la Santa. - AVILA

Precio en España:
Edición de lujo... 20 ptas.
Económica... 12

En el extranjero:
Edición de lujo... 25 ptas.
Económica... 12

15 DE DICIEMBRE DE 1921

AÑO I

NÚM. 11

Sección administrativa

Nuestros cambios

Hasta este día, dejamos establecido el cambio de nuestra Revista, con las publicaciones siguientes:

Vida Cristiana, del Monasterio de Monserrat, Barcelona.—*El Monte Carmelo*, El Carmen, (Burgos).—*El Adelanto*, Salamanca.—*La Basílica Teresiana*, Salamanca.—*La Voz de Peñaranda*, (idem), Peñaranda de Bracamonte.—*Boletines Eclesiásticos*, Diócesis respectivas. *La Epoca*, Madrid.—*El Siglo Futuro*, Eudes Carmelitaines, Bélgica.—*Acción Católica de la Mujer*, Madrid.—*Las Damas Catequísticas y sus Centros Obreros*. *Raza Española*, Madrid. *La Obra Máxima*. *Jesús Maestro*, Barcelona. *El Eco de Alcalá*.—*Anales de los Sacerdotes Adoradores*. *El Correo Josefino*, Tortosa. —*El Pensamiento Español*, Madrid.—*El Debate*, Madrid.—*El Santísimo Rosario*, Vergara.

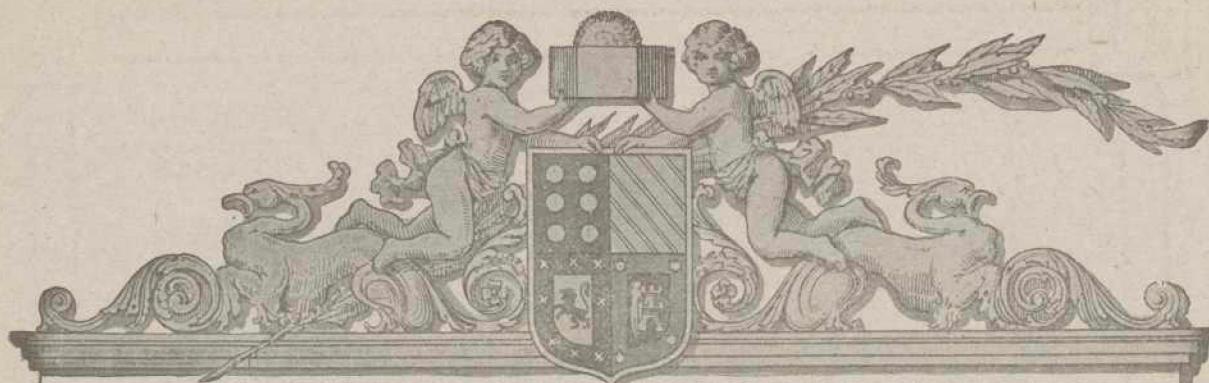
Observaciones

1.^a Rogamos a nuestros suscriptores que procuren, lo antes posible, remitir a esta Administración el importe de las suscripciones para la buena marcha de la Administración.

2.^a Contestando a todos los señores suscriptores que nos piden informes acerca del medio más oportuno para que lleguen a nosotros el importe de las suscripciones, contestamos a tan delicados requerimientos diciéndoles que *el mejor medio es el giro postal*, advirtiéndoles que pongan claras las señas para evitar confusiones.

3.^a También rogamos a los señores que reciban el número y no están aún suscritos, que nos manden el boletín de suscripción con letra clara para que no sufra extravíos los números.

4.^a Finalmente rogamos a las señoras Secretarías de las Juntas diocesanas de Damas, que nos manden las listas de las referidas señoras con las señas de su domicilio, quedando muy agradecidos a las que ya las han enviado.



TERCER CENTENARIO DE LA
CANONIZACIÓN DE SANTA TERESA
DE JESÚS.
REVISTA QUINCENAL

PRECIO EN ESPAÑA:
Edición de lujo 20 pesetas.
Económica 12 *
EN EL EXTRANJERO:
Edición de lujo 25 pesetas.
Económica 18 *

15 DE DICIEMBRE DE 1921

AÑO I
*
NÚMERO 11

SUMARIO: *Texto.*—Himno nacional Teresiano.—Santa Teresa en Roma, por el P. Florencio, N. J.—A Santa Teresa de Jesús (poesía), por P.—¡Ved cómo se amaban Teresa y su padre!, por Emilio Sánchez, Beneficiado de la S. A. I. Catedral.—Desposorio místico (poesía), por Froilán Perrino, Lectoral de la S. A. I. Catedral.—Luchas de Santa Teresa, por el P. Eugenio de S. José.—Sencilisima solución, por Isidro Beato Sala, Profesor de la Universidad.—Crónica general.—*Grabados:* Huida a la Encarnación.—Entrada a la Encarnación.

HIMNO NACIONAL TERESIANO

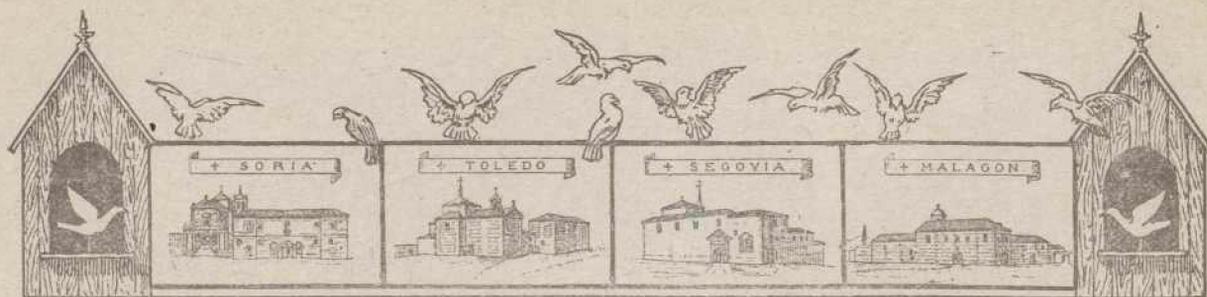


No podemos menos de estar muy satisfechos y profundamente agradecidos a los poetas españoles por su concurso a enaltecer las glorias teresianas. Si en la primera convocatoria fué grande el número de composiciones, lo es también en la segunda, en la cual han aparecido trabajos relevantes y que sin prevenir el juicio del Jurado nos hacen tener esperanza de que efectivamente tendremos letra y letras muy notables para cantar en nuestras peregrinaciones y fiestas teresianas.

Como el tiempo fatalmente corre, y no queremos privar a nuestros lectores de los artículos y noticias que forman el presente número, hemos determinado no esperar el fallo del Jurado, a fin de que el número no se retrase. En cambio adelantaremos la fecha del número siguiente, en el que aparecerá la composición elegida y la convocatoria para la música del referido himno.

LA REDACCIÓN





SANTA TERESA EN ROMA

Muerta la Reformadora del Carmelo empezaron a llamarla en seguida «la Beata Madre Teresa», especialmente sus hijos. Pidieron éstos a la Santa Sede que, mientras se tramitaban los procesos de canonización, les permitiesen rezar el oficio y cantar la misa en honor de la *Beata* Madre Teresa, dado que no había entonces aún aquel rigor que introdujo en esta materia pocos años más tarde la Santidad de Urbano VIII. Tampoco les concedió esta gracia tan extraordinaria Clemente VIII, que a la sazón regía los destinos de la Iglesia; así que no queriendo dejar sin fiesta a la Beata Madre en el aniversario de su muerte, en vez de misa de difuntos, cantaban la misa de la Santísima Trinidad o de la Santísima Virgen, y se hacía el panegírico de la Reformadora ilustre por alguno de sus hijos, concurriendo a esta fiesta de familia inmensas muchedumbres, las cuales aclamaban sin cesar a Teresa por Beata y por Santa, muy digna de ser puesta en los altares, dispensándola de todos los requisitos de las leyes eclesiásticas (1).

Procuraban los Superiores de la Orden el que se procediese en estas fiestas con la mayor prudencia posible, para no entorpecer la causa en Roma; pero, el entusiasmo del pueblo se desbordaba tanto, que, en vez de poner un freno en Roma a tales entusiasmos, aquí era en donde más se desbordaban.

En efecto: en nuestra iglesia de Santa María de la Escala revestía la fiesta un carácter especial por celebrarse en medio de la Ciudad Eterna, por la concurrencia del pueblo, por la asistencia de personajes ilustres, contándose entre ellos muchos cardenales, y a veces el

mismo Romano Pontífice. Era éste Paulo V, el cual, sabiendo la esplendidez de la fiesta de la Escala, el año 1610 quiso asistir por vez primera, diciendo a nuestros religiosos al entrar en la iglesia: «*Quiero participar a la solemnidad del tránsito de la Santa Madre Teresa*»; con lo cual, no solamente aprobó de la manera más auténtica aquellas fiestas, sino que en cierto modo llegó a canonizar a la Santa.

El orador insustituible de la Escala, desde el 1602 en que empezó a celebrarse allí la fiesta hasta el 1614 en que Teresa fué canónicamente beatificada, fué el V. P. Fr. Juan de Jesús María, uno de los más ilustres hijos del Carmelo y uno de los más santos y sabios varones que había en Roma por aquellos tiempos.

Trece son los panegíricos que predicó el Padre Juan en honor de la Beata Madre Teresa, todos ellos desbordantes de amor y de elocuencia, de impecable factura clásica, según el gusto de entonces, con períodos rotundos y sonoros llenos de majestad y de elegancia, tal que leyéndolos se vislumbra al orador de la capa blanca como si dejase caer de sus hombros la airosa clámide de los romanos (1).

Empezó precisamente el orador diciendo desde su primer discurso que no quisiera sujetarse a los preceptos retóricos y a las reglas clásicas de los oradores antiguos, al cantar las glorias de la Beata Madre Teresa, sino más bien desearía estar lleno de gracia y virtud del cielo para celebrar a aquella heroína tan celestial y endiosada. Así y todo, no pudo

(1) Cfr. *Opera omnia Ven. P. Juannis de J. M. Florentiae* 1771, tom. III, pp. 482-538.—*Vida del Ven. P. Juan de J. M. Burgos*, 1919, pp. 215-279.

(1) Cfr. *Reforma de los Descalzos*, tom. IV, cap. 3.

despojarse nunca de sus hermosas galas retóricas con las cuales cautivó por tantos años a tantos varones doctos y a tantas almas sencillas.

El pensamiento principal de esta serie de panegíricos parece flotar en el primer discurso; Roma, reina y señora del mundo, debe su esplendor, principalmente, a su culto por la justicia y a la elección del cielo, que la hizo dominadora de todas las gentes. Una vez que Roma echó sus cimientos sobre los siete collados, levantó sus muros y se protegió con sus castillos y fortalezas, salió a conquistar el mundo; dió sapientísimas leyes a los pueblos y enseñó lecciones de alta prudencia y sabiduría, con lo cual resplandeció su nombre como un faro en las más apartadas regiones del globo.

Teresa, reina y señora de corazones debe sus encantos y atractivos a su culto por la justicia, por la santidad, y a la elección del cielo. Una vez que Teresa echó sus cimientos al castillo de su alma sobre sólidas virtudes y levantó sus muros de diamante, salió de sus divinas «Moradas» a conquistar almas para su Rey, dictando leyes de amor y escribiendo libros de altísima sabiduría, con lo que acabó de adueñarse las voluntades, viniendo a ser llamada «imán del mundo» y «robadora de corazones».

Este es el pensamiento general que se desprende con viva luz de los trece panegíricos

pronunciados por el Ven. P. Juan de Jesús María en honor de su madre Santa Teresa. En ellos la estudia como reformadora, escritora, doctora mística; examina sus escritos, pondera sus virtudes, desentraña su doctrina, canta sus glorias; síguela camino de Morería, en las soledades de los claustros, en sus viajes y fundaciones, por las cimas del Carmelo, en las místicas moradas y en su tránsito a la gloria.

El insigne panegirista de la Santa Reformadora murió al año siguiente de haber sido aquella beatificada, y a los pocos meses de haberla predicado el último panegírico.

Puede decirse con verdad que el P. Juan de Jesús María con estos trece discursos, pronunciados en la Iglesia de Santa María de la Escala, abrió camino a la devoción que el pueblo romano profesó siempre, y aún profesa, a la Doctora Mística.

Y Teresa, desde aquella histórica iglesia de la Escala, siguió ganando de día en día fama y gloria, por derecho de conquista, hasta lograr escalar las alturas del Vaticano. Y es que la divina Andariega entró en Roma «con pié derecho», como suele decirse en vulgarismo; pero que en nuestro caso ese dicho reviste una rigurosa exactitud histórica de primer orden. Véase cómo.

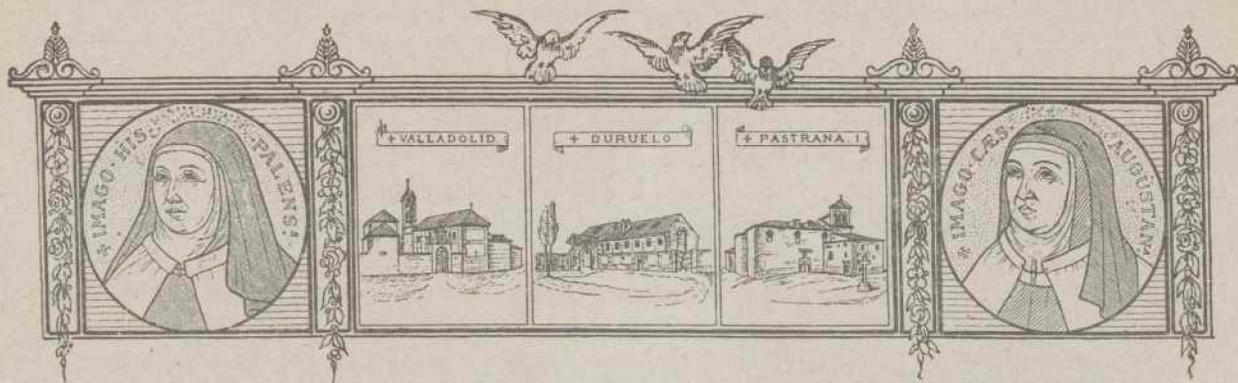
P. Florencio del N. J.

(Continuará.)

A SANTA TERESA DE JESÚS

Me asombra ese laurel de poetisa,
Que adorna tu cabeza,
Los sublimes acentos de tu lira,
Tu talento y tu ciencia.
Te admiro entre peligros y trabajos
Impávida y serena,
Devolviendo al Carmelo, donde vives,
Su pristina belleza.
Grato es mirar, después que tú pasaste
Reparando las brechas,
La morada, que habitan los preclaros
Hijos de los Profetas.
Te admiro entre Querubos celestiales,
Que en torno de tí vuelan,
Y de las flores puras del Carmelo
Tu bella alfombra siembran.
Pero ¡oh! cuánto me place contemplarte,
Cuando, viendo al Amado, en pos de El vuelas
Y lloras, porque no es veloz el alma
Que vive entre cadenas.

Cuando te miro en brazos del Amado,
Reclinando en su pecho tu cabeza,
Recibiendo sus óbsculos, en tanto,
Tu alma en deliquio celestial se anegal...
Timida palomilla,
Nacida entre la nieve de la sierra,
¿Quién te enseñó a amar tanto?
¿Quién en tu corazón puso esa hoguera?
Dame una chispa de ese fuego intenso
Que es lo que más me asombra en tí, Teresa,
Dame algo de ese amor, de ese amor grande,
Que tu pecho inocente consumiera.
¡Oh! qué dulce es tener el alma herida,
Siempre que sea Dios el que la hiera!
Dulce es amar, cuando el amor ardiente
De Dios, sólo de Dios, el alma llena.
No, no es amar sufrir, aunque así dicen!
El amar es gozar, dice Teresa:
«Luzbel en medio de su infierno horrible
Sería un ser feliz, si amar pudiera.»



¡Ved cómo se amaban Teresa y su padre!

II

Con creces pagó la Santa a su padre el amor que la tuvo constantemente, según veremos por algunos hechos de su vida, que hoy citaremos.

Todo el proceso de su vocación religiosa nos le relata Santa Teresa en el comienzo del precioso libro que ella primero tituló «Mi alma» y que por obediencia escribió.

Desde niña la dió a entender el Señor que la quería para El.

Estando en Gracia ya comprendió ella que el estado religioso era el *mijor y más seguro*, pero cuando se determinó a abrazarle fué al pasar unos días en Hortigosa con su tío carnal D. Pedro de Cepeda, hombre de grandes virtudes y muy avisado, que de continuo la hablaba de la vanidad de las cosas del mundo y la hacía leer en libros muy buenos.

Al narrarlo, exclama la Santa:

«¡Oh, váleme Dios!, por qué términos me andaba Su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciera fuerza. Sea bendito por siempre. Amén.»

¿Qué obstáculo se opuso en su camino, que para vencerle fué necesario que Dios la *forzara* para que se hiciese fuerza?

Grande, sin duda, debió ser.

Es la vocación religiosa un llamamiento que Dios hace a las almas que quiere sacar del mundo para conducir las a los claustros, frondosos jardines de la Iglesia Católica, que el Señor cultiva de mil maneras y en el que pone todas sus complacencias.

Conócese ese llamamiento divino, en las personas en que concurren las debidas aptitudes, por una inclinación espontánea, peculiar, perseverante; no del momento ni tampoco de industria ni interesadamente procurada: sentida, muchas veces, con determinación deliberada de no ponerla en ejecución, como en los principios ocurrió a nuestra Santa; aunque a decir verdad, son múltiples los modos que tiene Nuestro Señor de llamar a los estados de mayor perfección y bien puede decirse que cada vocación verdadera reviste formas distintas y especiales, internas y externas, en cada alma; sobre las que tiene que obrar, o con las que tiene que verse la gracia sobrenatural.

Es el camino que conduce al claustro, de áspera pendiente, cual fué el del Calvario; y aún dentro del sagrado recinto, espera a las almas Jesucristo crucificado con los brazos abiertos para estrecharlas paternalmente junto a su amoroso pecho; y es que todo ese camino está erizado de dificultades, y que al ser vencidas váse haciendo más cierta y segura la vocación, viniendo todas ellas del demonio con sus enredos; del mundo con sus fascinadores halagos y de la sangre, que ofrecen los más próximos parientes.

Por la gracia divina puede quedar el demonio burlado en sus tentaciones y huir vencido; el mundo causar repugnancia y fastidio, al convenirse el alma que todo en él es ficticio, vanidad de vanidades y aflicción de espíritu; pero ¿puede la gracia hacer que por nuestras venas no corra la sangre de los nuestros, y, por lo tanto, que deje de sentirse en el corazón todo el peso de la autoridad y del amor paternos, cuando en el ca-

mino de la vocación se atraviesa el autor de nuestros días, poniéndose delante para detenernos con sus lágrimas y canas, con sus amores dulces y tiernos?

Por estas pruebas, que tanto afectan a las entrañas del alma y ofrecen la oportuna ocasión de realizar, libre y meritoriamente, el mayor y más doloroso sacrificio incruento en aras del amor divino, pasó Santa Teresa de Jesús, al poner por

Algunos creen que las palabras que leyó de San Jerónimo la dieron alientos en su resolución, fueron aquéllas del Santo en la carta a Eliodoro: *Licet in limine pater jaceat, per caleat perge patrem...* Lo cierto es que por sí y por alguna persona más, de autoridad o ascendiente sobre su padre, determinó a manifestarle sus deseos, sin conseguir el consentimiento paterno; porque «era tanto lo que me quería que en ninguna ma-



obra el pensamiento que abrigaba de entrar religiosa en el convento de la Encarnación.

«Leía, dice ella, en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte, que me determiné a decirlo a mi padre que casi era como a tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez.»

nera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen.»

¡Cómo se vé luchar en ambos los dos grandes amores, el de Dios y el de la sangre!

En el padre, su amor a la hija le hacía transigir a que entrase religiosa después de su muerte. ¡Pobre Alonso de Cepeda! Propone desprender-

se de su hija, para ofrecérsela a Dios... ¡después de ya muerto!

Esto que parece egoísmo, es muy explicable, tratándose del padre a quien se le pide el sacrificio de una hija como... Santa Teresa de Jesús.

La victoria del amor de Dios sobre la sangre, fué en la Santa completa y más perfecta.

Al ver la tenaz oposición de su padre, «lo procuré por otra vía»; y fué ésta la de presentarse por sí a las monjas de la Encarnación, pidiéndolas ser allí admitida.

Y un día, dos de noviembre, muy de mañana y acompañada de su hermano Antonio, a quien había persuadido que se hiciera fraile, bajaba por el camino que conduce al convento de Carmelitas Calzadas, cuyas puertas debieron ser los ángeles los que las abrieron para que penetrase aquel Serafín en el sagrado recinto, que sería para ella crisol donde al fuego divino se purificase su corazón, y Cielo anticipado, por las revelaciones con que dentro de aquellos muros la regalaría su amado Jesús.

¿Y creerá alguien que al dar ese paso, se olvidó de su padre y que se separó de su lado por falta de amor?

Esto no puede decirse de un corazón como el de Teresa que tanto amaba a los suyos, y teniendo en cuenta, que la gracia no destruye la naturaleza, y, por lo tanto, no quita el sentir las penas y las contrariedades; como no quita al martir el dolor moral y corporal la gracia del martirio; ni Jesucristo dejó de sentir las en la naturaleza humana, a pesar de la unión hipostática de las dos naturalezas en una sola persona divina.

Lo que hace la gracia es infundir valor para que el alma pueda sobreponerse a los dolores, los que, lejos de ser obstáculos en el camino del Cielo, son entonces medios de acrecentar los méritos aquí abajo, y los grados de gloria en la Vida Eterna.

Si la medida del amor es el sacrificio, midan el que tuvo la Santa a su padre, por lo que la costó salir de la casa donde nació. «Acuérdaseme, a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí..., era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante...

Apenas llegó a conocimiento de D. Alonso

la determinación de su hija, corrió como león herido al convento de la Encarnación, con ánimos de tomar enérgica resolución, pero al verse en la red o locutorio, frente a su amada hija, desahízose en lágrimas de gozo y prometió darla en dote o «200 ducados o 25 fanegas de pan de renta.» Cantidad que en aquel entonces constituía el más elevado que aportaban las personas más pudientes y de calidad.

Por fin, venció la gracia también sobre la resistencia natural del padre.

¡Cuántos misteriosos modos tiene de obrar Dios por medio de ella en los seres racionales y libres!

Sabido es que a cuantas personas trató Santa Teresa las fué catequizando para que tuviesen diariamente oración mental, por estimar ser ese el mayor bien que les podía proporcionar; y de tan inestimable beneficio no había de privar a su cristiano y bondadoso padre. «*Como quería tanto a mi padre*, deseábale con el bien, que yo me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración; y así por rodeos, como pude, comencé a procurar con él la tuviese. Dile libros para este propósito. Como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse tan bien en él este ejercicio, que en cinco o seis años me parece sería, estaba tan adelante, que yo alababa mucho a el Señor y dábame grandísimo consuelo.»

Pero donde parece que se desbordó todo su filial cariño, saliendo torrencialmente de su dilatadísimo corazón, a juzgar por lo que a borbotores dejó escapar por su mágica pluma al escribirlo, fué en el momento de asistir a su padre en la última enfermedad y al presenciar su ejemplar y dichosa muerte.

Dios ha dispuesto sabiamente en la vida del hombre, que en los mútuos afectos y deberes entre padres e hijos naturalmente existentes, se efectúe como cierta inversión; y así se ve, que las obligaciones y querer que los padres tienen a los hijos, cuando éstos necesitan de su protección por su corta edad, se trasladan a los hijos para con los padres, al llegar éstos a la edad en que se vuelven como niños y precisan el apoyo y cuidado de los llamados a ser el báculo de su vejez, mediante el cariño, asistencia y protección hacia aquellos que antes se supieron sacrificar por ellos. Por esto, donde se pone a prueba el amor de los padres y de los hijos, es

en la muerte de unos y otros respectivamente.

Ya vimos, en el anterior capítulo, lo que sufrió D. Alonso al ver a su hija al borde del sepulcro; ahora nos dirá la Santa lo que sintió al presenciar la muerte de su venerado y amantísimo padre.

«En este tiempo dió a mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fui yo a curar... Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mias. Con estar yo harto mala me esforzaba, y, con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un ser me lo hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que se murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando vía acabar su vida, PORQUE LE QUERÍA MUCHO.

¡Miradla, cuan solícita acude a la casa de su padre para asistirle espiritual y corporalmente en la enfermedad de la muerte! Junto al lecho y con el alma destrozada de pena, pensando que pronto perdería a lo que más amaba de este mundo, aparentaba una dulce y tranquila serenidad, a fin de no aumentar el sufrimiento al resignado enfermo, llorando amargamente por dentro lágrimas vivas de dolor, que al quedar en la misma alma, la abrasaban despiadadamente, sin el consuelo de la expansión, que produce el llanto.

¡Y qué palabras tan expresivas y enérgicas emplea para hacer comprender su angustial ¡Realmente que arrancan lágrimas al más fuerte, sin

poderlas detener, ni hay corazón que no se enternezca al oír el gemido de tortolita mortalmente herida, que con todas sus fuerzas exclama: SE ARRANCABA MI ALMA CUANDO VÍA ACABAR SU VIDA, PORQUE LE QUERÍA MUCHO!!!

«Fué cosa, continúa diciendo, para alabar a el Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema-Unción, el encargarnos le encomendásemos a Dios y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos; que mirásemos se acababa todo... Estuvo tres días muy falto de sentido. El día que murió, se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que a la mitad del credo, diciéndole él mesmo, expiró. Quedó como un ángel: así me parecía a mí lo era él...» No de otra manera tenía que morir el padre de Santa Teresa. Dichoso él que exhaló el último suspiro en los brazos de la hija a quien tanto amaba, y tuvo a su cabecera, no un ángel, sino un serafín que recogió su alma y cerró los ojos del cuerpo!

¡Oh! ¡y qué gozo experimentaría la Santa cuando no mucho después le vió en los Cielos! «Ví nome un arrobamiento de espíritu que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el Cielo, y las primeras personas que allá ví fué A MI PADRE.»

Emilio Sánchez.

Beneficiado de la Catedral.



DESPOSORIO MÍSTICO

Teresa está de hinojos. A los cielos
Sus manos alza y su mirada pura;
Como el ciervo las aguas cristalinas,
Ella a su Amado, herida de amor, busca.
Oh, qué pura es su alma, que en el mundo
Pasó por mil crisoles de amarguras;
De virtudes y dones celestiales
Qué bella con la rica vestidura.
De pronto ábrese el cielo. Es el Amado,
Que viene ya radiante de hermosura,
Deleites derramando en el espíritu,
Que el alma de Teresa siente y gusta.
—«Mira este clavo—su Jesús la dice
Estrechando su diestra con la suya—
Hasta hoy no fuiste digna, no, Teresa,
Aunque tu amor no me negaras nunca;
Mas ya desde hoy serás esposa mía,

Vela, pues, por mi honra, que es la tuya».
Se acabó la visión. Vuelve del éxtasis
Teresa en sí, y sosiego tanto gusta,
De espíritus deleites tantos siente,
Tal refección de amor su alma disfruta,
Que ya no experimenta aquellos ímpetus
De amor, de tal vehemencia y tal ternura,
Que al borde la ponían de la muerte,
Sólo siente una dicha que la abrumba.
Y es la esposa que canta entusiasmada
Con el acento suave de la guzla:

«Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado
Que mi amado es para mí
y yo soy para mi Amado.»

Froilán Perrino, Lectoral de Avila.



LUCHAS DE SANTA TERESA

III

Dejamos a la futura Santa en la ciudadela que Ntra. Sra. de la Gracia la deparara para defensa de su virtud. La dejamos *convertida*; si puede hablarse de conversión cuando no ha precedido *perversión* propiamente dicha, sino cierto *entibiamiento espiritual*. Pero la dejamos enemiguísima de ser monja» (V. c. 2).

¡Buena estaba para monja la que contemplaba en el espejo de su rica fantasía el mundo, color de rosa; la que había visto rendidos ante la superioridad de su espíritu y hermosura a cuantos se le habían acercado. En ese mundo, engañosamente representado en su viva imaginación, ella era ya «toda una figura», con brillante porvenir en perspectiva. ¿Acaso no sería capaz de emular en un futuro no muy lejano las glorias de cualquiera de las más gloriosas figuras de los libros caballerescos? Por el contrario, en el convento ¡qué porvenir tan lúgubre! Perdida en la soledad, sin los medios que el mundo ponía en sus manos, ¿a qué ideales dignos de sus dotes podría aspirar?

No obstante, Santa Teresa había nacido para monja. La vocación religiosa fué su vocación primitiva. Cuando en compañía de su hermanito Rodrigo se entretenía «en hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas, que luego se les caían» (V. c. 1), Dios revelaba en una de las mil formas posibles la vocación de su predilecta a la vida retirada del convento. Sólo el estrépito de las armas de tanto caballero andante, y los gemidos importunos de tanta doncella fingida y el dulce rumor de tantas vanas conversaciones, resonando en los oídos de su alma, pudieron apagar la voz de Dios, que, sin embargo, no cesaba de llamarla. No cesaba de llamarla, aunque en vano. Tan recia era su enemistad con el estado monástico, que aun

cuando, *ya convertida*, pedía a Dios le diese el estado en que le había de servir, deseaba no fuese monja.»

Temía, pues, la vocación religiosa, como a un enemigo; enemigo de la felicidad con que el mundo la brindaba y hasta enemigo de su amor filial, que, a su juicio, debía sacrificar para entrar en el convento.

El mundo blasfema de la vida monástica, porque no la conoce. No la conoce y no quiere conocerla ni quiere dar fe a los que abogan en favor de ella, porque la conocen por experiencia. Sería curioso, después de un concurso universal, oír los pareceres de los mundanos sobre la vida del convento. No todos, claro está, cargarían igualmente las tintas negras; pero todos revelarían un concepto disconforme y aun opuesto a la realidad. La nota dominante sería el *pesimismo*: tristezas, desesperación, sacrificio inútil, tal vez ociosidad, hipocresía, &&&.

Y se comprende. El mundo tiene una idea de la vida, contraria a la que informa la mente del cristiano, que vive del Evangelio. Para el cristiano, según el Evangelio, la vida es un campo de batalla, donde se debe luchar siempre, incesantemente, pero no en espera de un triunfo pasajero, ni por una felicidad terrena, sino en espera de un triunfo eterno, por una felicidad suprema y eterna. Los enemigos del cristiano serán, pues, los enemigos de su salvación. Con tal de vencerlos, lo demás es accesorio.

Para el mundano, la vida es también un campo de batalla; pero ni los enemigos son los mismos, ni el triunfo que se persigue es el mismo, ni la felicidad que ansía es la misma. Para el mundano, todo se consume en este

mundo. El mundo del más allá, si tiene todavía fe, no le preocupa mayormente. Cree que la felicidad eterna puede conquistarla en un instante, sin grandes sacrificios, aunque sea desde el lecho que precede inmediatamente al sepulcro. Lucha por el *placer* transitorio y forcejea hasta abrirse paso a través de los obstáculos que le impiden gozar a sus anchas. Sus enemigos son los enemigos del placer, su

tió en el convento para ocultar allí su vergüenza.

No queremos decir que todas las personas que viven en el mundo tengan esta idea tan falsa como sombría del estado religioso. Nos hemos referido a los *mundanos* y ya sabemos que no todos los que viven en el mundo son mundanos, según la mente de Nuestro Señor Jesucristo.



triunfo es el triunfo del placer, la felicidad que codicia, es la que dá el placer. El que no conquista ese placer es sencillamente un *fracasado de la vida*.

Luego ¿qué será el religioso o la monja en concepto del mundano? Un fracasado. Si ha entrado en el convento antes de emprender la lucha por el placer, es un fracasado a priori, es decir, por previa convicción; si ha luchado inútilmente es un fracasado vulgar, que se me-

Tampoco intentamos hacer una apología del monaquismo. La misma Santa, imán y robadora de corazones, a pesar de ser monja; activa y vencedora del mundo, a pesar de ser monja; feliz, alegre y expansiva, a pesar de ser monja, es la mejor apología del estado religioso.

¡Qué pensaba la joven Teresa de Ahumada

de la vida claustral, cuando ingresó en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia? Hay que presuponer que coexistían en su espíritu dos órdenes de ideas y sentimientos opuestos y superpuestos: unos primitivos, otros de reciente intromisión. Los primeros, netamente cristianos, habían sido infundidos en su inteligencia y en su corazón por sus cristianísimos padres, por la lectura de libros piadosos y por influjo de serias y largas meditaciones sobre las verdades eternas. Esas ideas y sentimientos primitivos no habían desaparecido; allí estaban todavía; pero estaban oprimidos, casi esterilizados por la irrupción de ideas y sentimientos posteriores, «nonada cristianos» como diría ella, si bien tampoco malos, francamente malos. Era su alma el campo del gran Padre de familia, sembrado de trigo y de cizaña. La cizaña la había arrojado el enemigo, que preveía los frutos regalados que produciría el buen grano, con los cuales se habían de sustentar y hacer fuertes tantas almas.

Esto presupuesto, y presupuesta asimismo la condición excepcionalmente sociable de la hija de D. Alonso de Cepeda, fácil nos será adivinar su pensamiento sobre la vida del claustro, al menos por lo que a ella se refería. En el fondo amaba la vida monacal; pero por entonces, dada la situación anormal de su espíritu la aborrecía. Santa Teresa no sabía de medias tintas, ni podía vivir entre paños tibios.

Escuchemos su testimonio: «Comenzó esta buena compañía (la de la monja agustina, que ya hemos mencionado) a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, «que se me había puesto grandísima». (V. c. 3). Y en otra parte; «Y puesto que yo estaba entonces ya *enemiguísima* de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas... Aun con todo eso no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos.» (V. c. 2).

Para mejor comprender ese estado de alma de nuestra heroína y las causas que habían concurrido a su formación, citaremos el siguiente párrafo tomado del capítulo 37 de su Vida: «Tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta: que como comenzaba a entender que una persona

me tenía voluntad, si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle y de pensar en él y en las cosas buenas que vía: era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida. Después que ví la gran hermosura del Señor, no vía a nadie que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase»...

En la época en que la consideramos aún no gozaba de esas mercedes divinas que en las alturas de la vida individual contrapesaron la tendencia de su natural, sociable tal vez en demasía; por lo menos más de lo que convenía a la que tan íntimo y regalado trato había de tener con su divino Esposo. En suma, la futura Reformadora del Carmelo conceptuaba la vida religiosa, como una vida de enorme sacrificio, superior a sus fuerzas. Abandonar a su padre, vivir privada del dulce trato social, renunciar a su porvenir... Eran sacrificios, que Dios no podía exigir de sus escasas energías. De sólo pensar que Dios podía llamarla al claustro, sufría cruelmente.

* * *

Dios empezó su obra—una verdadera lucha con el alma fuerte de su escogida—, destruyendo los obstáculos. La buena compañía, las buenas lecturas y las reflexiones oportunas y certeras de las buenas monjas agustinas, lograron disipar poco a poco aquella nube de ideas vanas y de vanos afectos, que habían entibiado los fervores primitivos del espíritu teresiano. La lucha, sin dejar de ser intensa, iba tomando buen sesgo. Cada obstáculo que desaparecía, significaba un paso más hacia el claustro, una victoria más del Señor, que la quería para sí.

Oigámosla a ella misma referir los episodios de esta tremenda lucha, sus alternativas y su glorioso desenlace:

«A cabo de este tiempo que estuve aquí (en Ntra. Sra. de la Gracia) ya tenía más amistad de ser monja... Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se quitaban y no podía persuadirme a serlo.»

Luego nos cuenta cómo a causa de una «gran enfermedad» se vió obligada a salir del Monasterio agustiniano y a trasladarse a casa

de su padre; más tarde a casa de su hermana, que residía en una aldea donde un tío suyo «muy avisado y de grandes virtudes», hacía que ella le leyera «buenos libros en romance». Y continuó:

«Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y como acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque *no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, ví era el mejor y más seguro estado*, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.

En *esta batalla estuve tres meses*, forzándome a mí misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese en purgatorio y que después me iría derecha al cielo, que este era mi deseo... *Poníame el demonio* que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. *A esto me defendía* con los trabajos que pasó Cristo; porque no era mucho yo pasase algunos por Él; que Él me ayudaría a llevarlos, debía pensar, que esto postrero no me acuerdo. *Pasé hartas tentaciones estos días*. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. *Era tanto lo que me quería*, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué que, después de sus días, haría lo que quisiese. *Ya yo me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás*, y así no me pareció me convenía esto y procurélo por otra vía, como ahora diré». (V. c. 5)

Había, pues, lucha intensa, tanto más peligrosa cuanto más larga prometía ser. Hasta llegó a temer de sí y de su flaqueza el quebrantamiento de sus ya firmes propósitos.

Para consolidar más y más estos propósitos, además de las fervorosas y repetidas súplicas que dirigía al Señor, determinó a manifestarlo a uno de sus hermanos más virtuosos y hasta resolvió inspirarle su misma manera de pensar. Como en otro tiempo había concertado con su hermano Rodrigo, mayor que ella, irse a tierra de moros a que los descabezasen por Cristo, así ahora concertó con su hermano Antonio de más corta edad, irse «un día muy de mañana al Monasterio», donde estaba una amiga suya a quien tenía mucha afición; «puesto que ya en esta postrera determinación yo ya estaba de suerte, que a cualquiera (convento) que pensara servir más a Dios, mi padre quisiera fuera».

Había roto definitivamente con el mundo. No le importaban ya sus placeres ni sus encantos, ni sus promesas. El pensamiento de la eternidad se había apoderado de ella; dominaba su inteligencia, sostenía su corazón y corroboraba su voluntad. Era necesario salvarse y para salvarse no veía otro camino más seguro ni más expedito que el camino de la vida religiosa.

Pero quedaba el «mayor embarazo»: vencer la resistencia de su padre y sus propios sentimientos de amor filial, que protestaban contra ese proyectado desgarramiento moral. ¿Se resignaría por fin, D. Alonso a perder a su hija, «la que más quería»? ¿Tendría la hija valor para pasar *por encima de su padre*, siguiendo el consejo que le daba San Jerónimo en una de sus Epístolas.

La lucha fué atroz, pero gloriosa. Tocante al primer obstáculo, no sabemos de cierto si consiguió licencia previa de su padre para entrar en el convento o si ingresó a ocultas de él, alcanzando la licencia paterna después de consumado el hecho. Uno de los primeros hijos de la Santa, sabio y santo y acaso el más teresiano de nuestros padres primitivos, el Ven. P. Juan de Jesús María, nos dice repetidamente «que salió a escondidas de la casa de su padre»; *paterna domo clam excedens* (1). Es la conjetura más verosímil que se desprende de la simple lectura de la Autobiografía teresiana.

Por lo que toca al segundo obstáculo, ella

(1) Oraciones in nat. S. M. N. Theresæ 1.^a & 3.^a

se encarga de pintarnos brevemente, pero con energía sin igual, el duelo a muerte que había de sostener conmigo misma.

«Acuérdaseme, a todo mi parecer, que cuando salí de casa de mi padre, no *creo será más el sentimiento cuando me muera*; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo

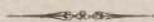
contra mí, de manera que lo puse por obra». (V. c. 4).

La recompensa divina siguió inmediatamente a la victoria. «En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, *que nunca jamás me faltó hasta hoy*; y mudó Dios la sequedad que tenía en grandísima ternura. (V. c. 4.)

P. Eugenio de San José.



SENCILLÍSIMA SOLUCIÓN



Una de las cualidades que mejor caracterizan el alma de los Santos, es la sencillez: Silenciosamente y como la cosa más natural del mundo, vive el santo su vida sin proponerse hacer nada extraordinario, y así, muy sencillamente, muy tranquilamente, es como sobrepasa los límites de lo vulgar, para entrar en el terreno de lo heroico. Y mientras los sabios, los fuertes y los poderosos hacen cosas notables, ocupan los lugares de más viso y se imponen a los demás, haciéndoles sentir su superioridad, el santo se afana por pasar desapercibido y gustosamente se condena a voluntario ostracismo, para así conseguir su ideal de hacer su paso por el mundo completamente de incógnito. Y no es que no haga cosas, y muchas, y no pequeñas; porque el curar enfermos, consolar tristes y redimir cautivos, sobre todo del pecado, me parece que es hacer más que algo; pero todo eso y mucho más, lo hace tan sin alharacas, tan sin ruido, que el mismo santo llega a no darse cuenta de lo que hace, siendo así el primer ignorante de su propia labor.

En su sencillez, el santo, llega a prescindir tan en absoluto de todo motivo que no sea el amor a Dios y a todas las criaturas por Dios que, olvidando la presencia de los demás hombres y sus opiniones, pasa a constituirse

en el ser más independiente y más libre, con una independencia que sería para los otros justamente molesta y ofensiva, si no fuera originada por motivos tan puros como los que produce la caridad. Con esto se sacude el santo de la rémora más grande con que el hombre puede tropezar por el mundo, cual es la presencia de los demás.

Y para mejor abstraerse e incomunicarse, se abraza a las inagotables riquezas de la pobreza; de aquí la especial y curiosa fisonomía de los santos, que al vivir una vida de total renunciamento, se encuentran con todo y de nada por lo tanto carecen, porque de nada necesitan. «Dios mío y todas las cosas»—decía San Francisco—. «Sólo Dios basta»—exclamaba Santa Teresa.

Así el santo vive en una tranquilidad y sosiego, y no tiene esa preocupación y concepto del tiempo que tienen los demás hombres. Para los no santos, todo o casi todo es imprevisto: las enfermedades, las contrariedades de cualquier orden, todo nos sorprende y quisiéramos conocerlo con la debida anticipación, para tomar con tiempo las oportunas medidas; lo que prueba que para nada estamos preparados, porque padecemos la horrible preocupación del mañana.

Desde que nos hacemos hombres, un sim-

ple viaje que haya que improvisar nos preocupa, y cómo altera porque aún no hemos comido, o estamos con sueño, o tenemos un asunto a medio terminar, o estamos a falta de cualquier cosa, o aun teniendo lo necesario, el tiempo apura, y no disponemos del bastante para recogerlo, etc., etc. Sólo los niños son los que no se apuran, antes al contrario, celebran y gozan con todo lo anormal e imprevisto; y es que los niños tienen algo de santos, como que son ángeles; mejor sería decir que los santos tienen algo de niños o mucho de ángeles, cualidad que les dá, sobre todo, la hermosísima virtud de la pureza.

Cuentan de un sabio franciscano que estando paseando en las afueras de una bella ciudad de Italia, recibió órdenes de sus superiores de emprender en el caballo de la Orden, o séase a pie, un viaje de muchos cientos de leguas, y tal como estaba comenzó la marcha, sin preocuparse de volver al Convento para, cuando menos, recoger lo que tenía ya hecho de una obra tan original como notabilísima que traía entre manos y de la que se esperaba, fundadísimamente, que había de causar emoción en el mundo de las letras. ¡Qué inexplicable parecía esto a cualquier otro autor que no fuera santo!

Y a propósito de viajes: Estaba Santa Teresa en recreo con sus monjitas y se le ocurrió hacerles la siguiente pregunta: Vamos a ver, figuraros que en este mismo momento se nos presentara un Ángel y nos dijera: «Dentro de veinte minutos, que es lo que os falta para dar término a este recreo, fallecereis». ¿Qué haríais vosotras?

A esto una contestó: Yo acudiría inmediatamente a un Sacerdote que me diera la absolución y me auxiliara en tan duro trance; Yo, dijo otra, me despediría de esta vida con una durísima penitencia; yo, añadió una tercera, iría a postrarme a los pies del Altar para que allí, ante mi Señor Sacramento, me sorprendiera la muerte. Y así, por este orden, fueron todas manifestando lo que harían para poder emprender con la mayor seguridad posible tan tremendo viaje, como lo es el de la eternidad.

Entonces Santa Teresa dijo: Pues yo no haría nada de eso ni cosa parecida alguna. La obediencia me tiene aquí en el recreo, y no quisiera morir faltando en poco ni en mucho a

lo que constituye mi principal y fundamental deber; en el recreo me quedaría, pues, sin dejarlo mientras no se me ordenara otra cosa y gustosa recibiría a la muerte, ocupada en los entretenimientos de esta recreación. La muerte ha de venir ineludiblemente, no sabemos cuándo; pero puede ser dentro de veinte minutos, o de veinte horas, lo mismo que de veinte años, o de más, o de menos. Para recibirla, siempre debemos estar igualmente preparadas, y lo mismo dá que nos encuentre rezando, que durmiendo, que mortificándonos, que recreándonos; lo fundamental es que nos encuentre cumpliendo con nuestros solemnes votos, de los que el de la obediencia es el fundamental, tan fundamental que con prestar éste tendríamos bastante, pues pureza y pobreza en él se entienden comprendidos. Si así no fuera, constantemente deberíamos estar ante el altar o en otra ocupación de las que estimáramos mejores y más perfectas.

Lícitamente estamos en recreo, y tan lícitamente que, haciendo ahora otra cosa, faltaríamos. En cualquier momento, y estemos en lo que estemos, siempre estamos prestando obediencia; hacer, pues, otra cosa de lo ordenado, para el momento sería faltar a ésta y por lo tanto a todo: mala preparación para la muerte recibirla en un acto de desobediencia.

Sabed que nuestra reina y madre la Virgen Santísima se apareció en cierta ocasión y en su misma celda a un religioso franciscano llamado Acorso, el cual allí la dejó a los pocos momentos por ir a confesar a un enfermo; al volver, Nuestra Señora, que lo estaba aguardando, alabó mucho su obediencia y le prometió por ella grandes gracias. En cambio en ocasión análoga reprendió mucho y con dureza a otro religioso, porque oyendo tocar al refectorio, se detuvo a concluir unas devociones (1).

Por eso yo continuaría aquí haciendo lo mismo que hace media hora estamos haciendo, o sea entreteniéndonos en estos juegos, tan útiles para el descanso del cuerpo como

(1) Dan cuenta de estos dos hechos el P. Macancio y San Alfonso María de Ligorio en sus preciosas obras *Diario de María* y *Las glorias de María*. Este en el párrafo octavo de las *Virtudes de María Santísima*, titulado *De la obediencia de María*.

necesarios al esparcimiento del espíritu, y en los cuales recreos honramos y alabamos al Señor tanto como cuando estamos postradas ante el altar o practicando las más duras penitencias; porque en esta santa Casa todas las ocupaciones son igualmente dignas, y honrosas, y santas, como lo son en el mundo todas las profesiones; lo mismo la de los maestros, que las de los magistrados, que las de los más humildes menestrales. Después de

todo, ¡qué cosa mejor que ir a continuar en el Cielo los juegos en que ha poco estábamos entretenidas!

Así, de manera tan sencilla, resolvía nuestra Santa tan grave como tremendo problema.

Isidro Beato Sala
Profesor de la Universidad

Salamanca y diciembre de 1921



Salamanca-Alba

En uno de los más ricos monumentos que Salamanca atesora, en la casa de las Conchas, congregó hace unos días su dueña, la muy ilustre y noble señora Doña Teresa Maldonado de Hurtado de Mendoza y como Presidenta de la Junta, a las damas que con ella se han encargado de promover en esta región castellana, el centenario de la canonización de nuestra seráfica Patrona, Santa Teresa de Jesús.

Los acuerdos tomados que por su importancia revelan una vez más la piedad y el entusiasmo de las damas salmantinas, fueron los siguientes:

1.º Someter siempre las resoluciones que se tomen al superior consejo y aprobación del Excmo. Sr. Obispo de Salamanca, como Prelado propio y como Presidente de honor de esa Junta. Obtenida la sanción episcopal entonces será cuando aquéllas se hagan públicas en una nota oficiosa que se dará a la prensa local diaria.

Bajo estas bases y acomodándose a las señaladas (a la 5.ª principalmente) para la cons-

titución y fines que han de perseguir las Juntas diocesanas, la de damas de Salamanca ha acordado:

a) Ofrecer su concurso a la Junta de damas de Alba de Tormes por estimar muy conveniente un intercambio de impresiones para el mejor éxito de las fiestas teresianas.

b) Acoger con todo agrado el proyecto de una peregrinación *escolar salmantina* a Alba de Tormes, iniciativa expuesta en «El Adelanto» por aventajados alumnos de la Universidad.

c) Organizar y dirigir esta Junta de damas con las que constituyen la Directiva de la *Acción Católica de la Mujer*, una peregrinación también a Alba de Tormes, de *domésticas y obreras de la aguja*, de esta ciudad, cuya peregrinación tendrá lugar, a ser posible, el próximo día de San José, o en la festividad de su Patrocinio. Se fijan estas fechas teniendo en cuenta la especialísima devoción que Santa Teresa tuvo y tanto recomienda, al glorioso Patriarca.

d) Proponer una peregrinación a la repetida Alba de Tormes de las *Ordenes Terceras* de Salamanca y otra de *Teresianas e Hijas*

de María de este Obispado, subdividida esta última en varias y por arciprestazgos.

e) Proponer una peregrinación NACIONAL de *Marías del Sagrario*, a Avila y Alba de Tormes, presidido por el Sr. Obispo de Málaga como fundador de tan piadosa institución. Las señoras de Salamanca fundamentan esta peregrinación, según dicen en la nota oficiosa, en la ardiente devoción que la Santa tuvo al Santísimo Sacramento expresada con estas frases: «entre lanzas pasaría yo a recibir a Su Divina Majestad».

f) Considerando la veneración que Santa Teresa tuvo a los ministros del Señor, propone esta Junta hacer una peregrinación a Avila y Alba de Tormes de *sacerdotes castellanos*, presidida por el Emmo. Sr. Cardenal de Burgos, invitando para que predique en ella, al señor Arzobispo de Valladolid. Al Eminentísimo Sr. Cardenal Primado se le reserva para otros acontecimientos que se tienen en estudio y cuya celebración será en Avila, Salamanca y Alba de Tormes.

g) Hacer suyo con el mayor entusiasmo el deseo del Sr. Obispo de Salamanca y por él manifestado desde un comienzo, de celebrar un gran festival literario-universitario, indicándole si sería el más adecuado a los prestigios de la Universidad el que ésta confiera a Santa Teresa el título de doctora *honoris causa*. Porque pensar en certámenes, veladas o juegos florales, son actos que se prodigan ya demasiado en esta ciudad. El nombre de la Universidad y, por tanto, el de Salamanca, exigen algo extraordinario. Santa Teresa no fué ajena a nuestra Escuela y bien merece que ésta inaugure su Autonomía usando de esa prerrogativa en honor del Serafín del Carmelo.

Lo precedente es lo que dice la nota oficiosa publicada en los diarios de esta capital. Como se vé en ella las damas salmantinas inauguran de excelente modo su misión; sus primeras conclusiones constituyen por sí solas todo un simpático y acertado programa de actos y festejos, acreditadores del temple de la mujer castellana y dignos del honor y culto que Santa Teresa se merece.

Los acuerdos de esas damas son aquí unánimemente elogiados; y a juzgar por estos comienzos evidente es que la ciudad del Tormes no se quedará atrás en el movimiento teresiano

iniciado por los Prelados de Avila y Salamanca. Secundemos todos su interés y celo cooperando así a la brillante página que, en los fastos teresianos, han de escribir ahora ambas poblaciones.

El Corresponsal.

Salamanca, 3 de diciembre 1921.

Jaén.—Copiamos del *Boletín Oficial* de la Diócesis.

Junta Diocesana de Señoras.—Por S. A. R. la Serenísima Infanta Doña Isabel de Borbón, Presidenta efectiva de la Junta Nacional de Señoras para organizar la celebración del Centenario de Santa Teresa de Jesús, ha sido admitida la lista de Señoras que forman la Junta Diocesana, con la aprobación de nuestro Reverendísimo Prelado, en la forma siguiente:

Presidenta de honor: Excm. Sra. Marquesa del Rincón de San Ildefonso.

Presidenta efectiva: Doña Adela Trujillo de Pardiñas.

Vicepresidenta: Doña Guadalupe Rubio de Azpitarte.

Tesorera: Doña Trinidad Agudo de Redondo

Vicetesorera: Doña María Teresa de Gregorio de García de Quesada.

Secretaria: Señorita Adelina Torres Galvez.

Vicesecretaria: Señorita Amalia Márquez Banqueri.

Vocales: Excm. Sra. Marquesa de Cullar de Baza, Excm. Sra. Condesa de Corbul, Excm. Sra. Condesa de Fuenrubia, Doña Francisca Urbano de Barea, Doña María Teresa de Robles, Doña María de la Paz Anleo de Pérez Herrasti, Doña María Luisa Parras del Rio, Doña Catalina Mir de Bonilla, Doña María Eugenia Vela de Azcárraga, Doña Rafaela Vargas de Ordoñez, Doña Dolores García de Cuenca, Doña Carmen Moreno de Caballero, Doña Elena Moya viuda de Bonilla, Doña Francisca Girón de Calleja, Doña María Bonilla viuda de Sagrista, Doña Elena García de Guerrero, Doña Pilar de los Ríos de Siles, Doña Carolina García de Quesada de Fantony, Doña Felisa Villar de Anguita, Doña Juana Cuadra de Marquez, Doña Antonia Parras de Bellamy.

Doña Francisca Muñoz viuda de Herrera, Doña Josefa Codes de Ruiz Córdoba, Doña Juana Queiruga de Suca, Doña Esperanza Ira-

cheta de Vela Hidalgo, Doña Rosa de los Ríos de Masa, Doña Pilar Flores de Lanzas, Doña Francisca Flores de Bayo, Doña Gloria Torres de Navarra de Ochoa, Doña Clotilde Pérez de Esteva, Doña Carmen Galvez de Torres, Doña María Rosa Guillaunme de Villanueva, Doña Ana Román de Soto, Doña Matilde Ruiz de Guerrero de Llamas, Doña Flor Ruiz Guerrero de Pérez, Doña Ana Jiménez de Aguirre, Doña Julia Almazán de Relación, Doña Josefa Vilchez viuda de Vadillos, Doña Adela Suca viuda de Illana, Doña Dolores Gracia de Pastor Suca, Doña Africa Berro de Jiménez, Doña María Fontony de Quesada, Doña Concepción Ruiz de González, Doña Vicenta Santos de Diez, Doña Catalina Aguilera viuda de Aguilera, Doña Micaela Berges de Medina, Doña Enriqueta Torralba de Ruiz Guerrero, Doña María de la Aurora Benitez de Lázaro, Doña Encarnación Marquez viuda de Nogueras

Doña Soledad Robles viuda de Sevillano, Doña Matilde Losada de Rodríguez, Doña Patrocinio Pérez de Escribano, Doña Dulce Samaniego de Gárate, Doña Gloria Aguirre de Robert, Doña Amparo Berro de Aponet, Doña Luisa Robles de Jubes, Doña Mercedes Rodríguez de García, Doña Amalia Jubes de Espantaleón, Doña Victoria de la Riva de la Riva, Doña Rita Zamorano de Berro, Doña Catalina Jiménez de Viedma, Doña Juana Huertas de Isasa, Doña Isabel Merelo de Ortiz, Doña Vicenta Esteban de Puga, Doña Nieves Romero de Puga, Doña Carmen Aguilera de Berro, Doña Encarnación Liébana de Fernández, Doña Ejisipa de la Fuente de Gona, Srta. Adela Pardiñas Trujillo, Srta. Amalín Marquez Banquerí, Srta. Carmen del Rey, Srta. Concepción Hernández Velasco, Señorita María Martínez Nieto, Srta. Alberta Martínez Conejero, Srta. Marina Berro Gamez.

Junta Diocesana de Sevilla.—Presidenta: Su Alteza Real la Infanta doña Luisa.

Vicepresidenta: Excma. Sra. Condesa de Lebrija.

Tesorera: Ilma. Sra. Condesa de Santa Teresa.

Vicetesorera: Señorita Cecilia Romero.

Secretaria: Ilma. Sra. Condesa de Bustillo.

Vicesecretaria: Excma. Sra. Condesa de Colombi.

Vocales: Excma. Sra. Marquesa Vda. de las Cuevas; Excma. Sra. Marquesa de Esquibel de Ganduri; Excma. señora doña Adela Ceballos de Tavira; Sra. doña Adela Grande de Barrau; Excma. Sra. Condesa de Urbina; Excm. señora doña María Gomez Imaz de Cañal; Excma. señora doña Pilar Luca de Tena de Luca de Tena; Señora doña Josefa Cepeda de Montes; Sta. Angela Saisain.

En Cuba.—Entre las grandes obras que ahora trae entre manos el P. José Vicente, C. D., merece ser citada el Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús, cuya conmemoración se efectuará el próximo año. El P. José Vicente quiere celebrarlo en Cuba con sumo esplendor.

A pesar del silencio que guarda, sabemos que prepara un gran «Certamen Literario» en honor a la Mística Doctora. Ya están redactados los temas, y casi cubiertos los premios por altas personalidades y corporaciones cubanas y españolas. Para que el P. José Vicente publique lo que sobre esto tiene ya preparado, sólo falta la respuesta de una figura eminente de España.

Ya ha aceptado el mantenedor.

Junta Diocesana de Aranda de Duero.—*De caballeros.*—Presidente honorario: Revdo. señor D. Tomás Sanz.

Presidente efectivo: Revdo. P. Superior de los Misioneros.

Tesorero: Sr. D. Martín Pascual.

Secretario: Sr. D. Pedro Bayo.

Vocales: Revdo. D. Alejandro Jiménez, Reverendo D. Pedro de Andrés, Revdo. D. Julián Marfagón, Revdo. D. José Laseca, Revdo. don Alfonso Rozas, D. Manuel Dalda, D. Pablo López, D. Prudencio de Diego, D. Celedonio Arauzo, D. Bernardino Berzosa, D. Juan Gil, D. Eugenio Velasco, D. Julián Abad, D. Antonio Graciani, D. Eugenio Romera, D. Eugenio Abajo, D. Juan Rico y D. Andrés Alvaro.

Junta de señoras.—Presidenta honoraria: Doña Josefina Arias de Miranda.

Presidenta efectiva: Doña Gaspara Ortega.

Tesorera: Doña Asunción Botija.

Secretaria: Señorita Benita Calleja.

Vocales: Doña Evelia García, Doña Ricarda Merino, Doña Petra Alvarez, Doña Blasa de Miguel, Doña Gregoria Meléndez, Doña Ricarda Berganza, Doña Pilar Benito, Doña Eulalia Gabriel, Doña Celsa Andrés, Doña Elisa Mata, Doña María de Niño, Doña Pilar Gómez, de Bonilla, Señorita Cruz Rozas.



::: Dos obras nuevas :::

SOBRE

Santa Teresa

- - - - de Jesús - - - -

La Santa de los Seráficos amores Eucarísticos, o sea, Vida Eucarística de Santa Teresa, por el Lic. D. Emilio Sánchez, Beneficiado de la Catedral de Avila, Libro de unas 500 páginas, encuadernado y con devotos fotografías; de gran interés para las almas enamoradas de la Eucaristía y entusiastas de la ilustre literata. **Precio 5 pesetas** franco de porte y certificado de correos, remitiendo por el Giro postal el importe.

Santa Teresa, Patrona de Intendencia. En este librito del mismo autor se presenta a Santa Teresa como espejo de virtudes militares, y la lectura de él despierta poderosamente con la devota admiración a La Santa un grande amor a la Patria y al Ejército.

Precio 2 pesetas. De venta en casa del autor.

PLAZA DE SANTA CATALINA, 7, AVILA

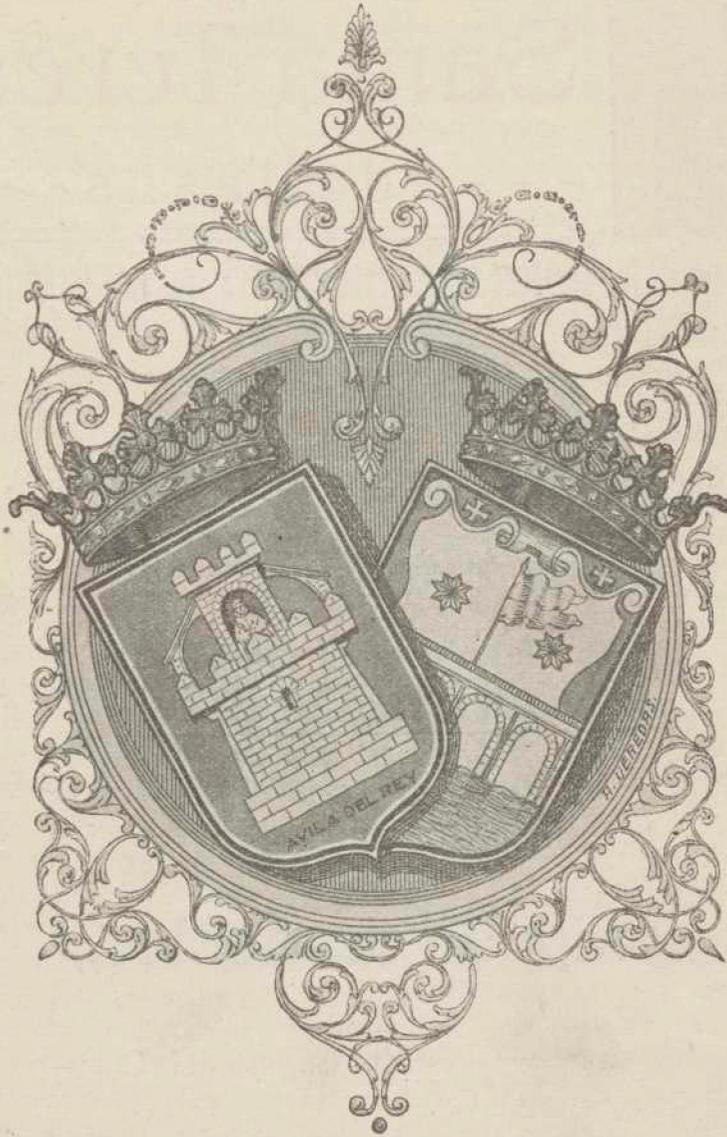
“Fisonomía de un doctor,,

Estudio filosófico-crítico acerca de San Juan de la Cruz—por el Padre Wenceslao del S. S. (O. C.).

En esta obra se estudia la fisonomía moral de San Juan de la Cruz y se valúan sus obras místicas señalando los puntos originales de la mística de San Juan, y no olvidando las místicas heterodoxas orientales, cuya refutación minuciosa se encuentra en esta página.

Es, pues, ésta una obra necesaria al filósofo y al apolozista.

2 tomos rústica, 5 pesetas.—Se vende en esta Administración.



TIPOGRAFÍA Y ENCUADER-
NACIÓN DE SENÉN MARTÍN

∴ ∴ ÁVILA ESPAÑA ∴ ∴